

ciudad y no he murmurado; he visto caer vuestra mano severa sobre la casa de Penhoel, he visto á esa aventurera sentarse en mi sitio; he sentido la mortal amenaza suspendida sobre mi cabeza y ni siquiera he murmurado; ¡pero mi hija! ¡Dios mío, mi hija!....

Sus lágrimas corrian á través de los dedos.

—¡Mi hija! repitió con desesperacion; soy muy débil contra este último golpe.

—Tened piedad de mí, Dios mío, porque soy una pobre abandonada. No tengo una voz amiga que me consuele ni una mano que me defienda.

Le pareció que en aquel momento respondia á su queja un doble suspiro.

Abrió los ojos.

Elena y Diana, arrodilladas á su lado, cubrian sus dulces manos de besos.

XVIII.

DIANA Y ELENA.

Elena y Diana no eran tratadas en el castillo como hijas de la casa.

Eran efectivamente de la familia, pero entre ellas y su prima Blanca se dejaba una distancia tan grande, que no podian creerse colocadas en el mismo grado de la escala social.

Blanca era la heredera, la verdadera señorita de Penhoel.

Muy raras veces se designaba con este nombre á las dos hijas del tio Juan, que los aldeanos llamaban las *señoritas pequeñas*, y la sociedad simplemente las *pequeñas*.

El mismo tío Juan había contribuido á señalar mas la línea que separaba á sus hijas de su prima. Desde su infancia las había habituado á mirar la cuna de Blanca con una especie de respeto.

No había querido que se vistieran como Blanca, y nunca les había permitido otro traje que el de las aldeanas del Morbihan.

Hacia mucho tiempo que el tío Juan vivía á espensas de sus parientes de la rama directa. En otra época, en su juventud, había llevado la espada y había sido, según se decía, un valiente soldado; pero mientras se batía al otro extremo de la Francia, las celosas gentes que representaban la república en el distrito de Redon vendían en pública subasta su modesta herencia.

Cuando había vuelto al país, había encontrado un asilo en casa del anciano comandante de Penhoel, padre de Luis y René. Desde entonces no había abandonado el castillo.

Era su corazón bueno y tierno, poseyendo por instinto toda clase de delicadeza.

El recuerdo reconocido del bienhechor era en él una religión; dió el primer puesto de sus afecciones á los dos hijos de su bienhechor.

Y si les profesó gran cariño fué para su pesar. ¡Tenía Luis un alma tan grande y tan noble! Su ausencia dejaba un vacío tan profundo en el corazón de cuantos le habían conocido!

Antes de ser soldado había sido el tío Juan un

pobre caballero, contando apenas por riqueza la única granja de su padre.

No sabía gran cosa, y la única educación que había podido dar á sus hijas se reducía á este doble principio, regla fundamental de su propia vida:

Adorad á Dios, amad á Penhoel.

Elena y Diana amaban á Penhoel como adoraban á Dios.

Respetaban á René conociendo mejor que nadie las miserias de su naturaleza y las faltas de su vida: profesaban á Blanca una ternura protectora y casi maternal.

En cuanto á la Señora, escedían á todos los mandatos del padre: la adoraban.

Marta parecía estar muy lejos de corresponder con una ternura semejante al amor expansivo y respetuoso á la vez que la profesaban Elena y Diana. Era buena y amable para con ellas como para todo el mundo; á esto se ceñía todo.

Y un buen observador hubiera podido distinguir en ella con respecto á las niñas una especie de frialdad que no le era natural.

Esto era tanto mas extraño cuanto que Marta trataba al tío Juan como á su padre, poniendo el mayor cuidado en no molestarle y combatir los motivos de queja á que Penhoel daba motivo con sus bruscos arranques.

Pero Marta sin duda profesaba á su hija un amor exclusivo.

En aquel corazón ocupado totalmente no quedaba hueco para ningún otro sentimiento secundario.

Diana y Elena no se quejaban: había en ellas el mismo deseo de agradar y el mismo ardor. A veces se hubiera podido decir, tal era el empeño que ponían en amar á la Señora, á pesar de su frialdad inflexible, que creían que esta era una ficción.

Apenas habían conocido á su madre, que murió poco tiempo después de darlas á luz.

Niñas habían sido libres y hasta un poco abandonadas; jóvenes eran también libres.

Nadie en el castillo se ocupaba de oponerse á sus deseos ni acciones.

El tío Juan tenía en ellas una confianza ciega. El señor de Penhoel no exigía de ellas otra cosa sino que por las noches y á raros y largos intervalos cantasen algunas canciones bretonas que ejecutaban acompañándose con sus arpas.

La Señora aparentaba fingir no pedirles nunca cuenta de su conducta.

Iban y venían siempre solas ó acompañadas por Enrique y Rogér, que pasaban los días persiguiéndolas, no encontrándolas siempre, porque la existencia de Diana y Elena tenía también su parte misteriosa.

No tenían compañeras de su edad. Nada les llamaba la atención más en un punto que en otro; nada las retenía en el castillo á no ser el deseo de hacer compañía á Blanca, que las amaba tiernamente con todo el amor que ellas le manifestaban.

Eran los ídolos de las buenas gentes del país entre Redon y Carentoite. Se amaba á Blanca, pero en aquel cariño había más respeto que amor.

Nunca se la veía bastantes veces ni bastante cerca, mientras que no pasaba día sin que las gentes de las aldeas vecinas tuviesen ocasión de saludar á Diana y Elena.

Y Dios sabe que aquellos saludos eran de buen corazón, á pesar de llevar las niñas su traje de aldeanas.

Se las encontraba de día, y algunos decían que también de noche, cuando los pálidos rayos de la luna reflejaban en los argentados arroyos que serpeaban por la llanura.

Pero estos eran cuentos de viejas en que entraba por mayor lo fantástico y lo imposible.

Lo que sí era cierto es que eran muy buenas, como su padre, el mejor de los hombres, y como su difunta madre, de quien nadie podía olvidarse, que eran más bellas que los ángeles que se veían sonreír en los cuadros de la iglesia, que en fin, se parecían mucho, según afirmaban los ancianos, á aquel hijo primogénito de Penhoel, hermoso y valiente como los héroes de las tradiciones antiguas.

En cambio Elena y Diana no habían sabido agradecer á ninguno de los de la *sociedad*.

El caballero y la señora Kerbichel, los tres vizcondes, la viuda Clara Sebinhic, las señoritas Babouin-des-Roseaux-de-l'Etang, su joven hermano

Numa y otros notables las consideraban con el mayor desden y desprecio.

La Romanza, Aria y Cavatina declaraban á cuantos querian oírsele, que aquellas pequeñas pordioseras sin casa ni hogar eran la vergüenza del país.

Bailaban como endemoniados con sus jubones de cinco cuartos y sus gorros de percal. Montaban á caballo y galopaban como muchachos. Rascaban el arpa: en fin, y gracias á Dios, destrozaban antiguas canciones bretonas anteriores al diluvio.

Odio de artistas.

Las dos hermanas habian alzaprimado á las personas graves, que se callaban aguardando. El abogado Lehivain, llamado Macrocéfalo, las aborrecia por instinto. Mr. Roberto de Blois y su criado Blas las detestaban cordialmente: no habia una persona, incluso el mismo marqués de Pontalés, que no tuviese hacia ellas una aversión decidida.

Poco las inquietaba todo esto al parecer. Continuaban su vida solitaria, que se hubiera podido creer se ocupaba en alguna obra misteriosa, si la frivolidad de su edad y su inalterable alegría no hubiesen rechazado muy lejos esta sospecha.

Veíaselas en efecto siempre alegres, como si su conciencia hubiese sonreído sobre la bella frente de sus jóvenes fisonomías.

Enrique y Roger habian podido ver á veces en ocasiones muy raras nubladas sus frentes.

Tenian entonces poco mas de diez y ocho años. Ambas eran de esas naturalezas que es preciso es-

plicar porque no se las adivina. A pesar de su estremada juventud, llevaban una máscara sólidamente adherida al rostro. Esta máscara era su misma alegría.

En el tiempo en que las hemos visto en el salon de Penhoel proseguir con Roger de Launoy su infantil conversacion, no tenia nada de fingida su alegría viva y franca.

La familia era entonces feliz. La Señora tenia sin embargo alguna pena oculta: René mostraba á veces inquietudes y sospechas inesplicables; pero en suma, el unico mal que conocian los huéspedes del castillo era el fastidio monótono y austero.

Sin embargo, todo habia cambiado. A aquella calma de la vida campestre en que la existencia es una larga apatía y en que se llega á la vejez antes de haber vivido, habia sucedido como una sorda tempestad.

Aparentemente no parecia escusivo este cambio. Apenas algunos vagos sintomas dejaban adivinar á las buenas gentes de los contornos la mortal fiebre á que caminaba la raza de Penhoel.

Pero tampoco se comprendia del todo la gravedad del mal.

Elena y Diana habian sorprendido por casualidad primero y luego por efecto de su voluntad terribles secretos.

Veian empeñada á su lado una lucha tenebrosa, cuyo resultado debia ser la ruina y la deshonor de los Penhoel.

Por una parte se reunían ligados por el interés Roberto de Blois, Mr. Le-Hivain, el anciano marqués de Pontalés y otros aliados subalternos, gentes todas activas, hábiles, audaces y con grandes ventajas ya conseguidas.

Por otra parte Mr. de Penhoel y la Señora. El señor del castillo no había sido nunca hombre de gran capacidad; pero estos tres años pesaban sobre él cual si fueran medio siglo. No era mas que la sombra de sí mismo.

La poca energía que en otras épocas conservaba se había gastado por el desaliento, y también por la costumbre de embriagarse, vicio en que se echaba con avidez cual si fuera un refugio contra la amargura de sus pensamientos.

Marta de Penhoel era al contrario un corazón altivo y valiente. En el primer momento se había colocado entre René y sus enemigos; pero en un momento dado había roto su resistencia repentinamente un golpe misterioso.

Hubiérase dicho que había cedido su valor ante un talisman irresistible.

No se defendía ya.

De manera que los golpes de los enemigos ligados contra Penhoel caían sobre un desarmado adversario.

La ruina avanzaba, avanzaba.

Era por demás extraño que el combate pudiese durar aún, y la caída de la casa de Penhoel se hu-

biera consumado mucho tiempo antes si una mano misteriosa, desconocida igualmente para vencedores como para vencidos, no hubiera ido á retardar mas de una vez el desenlace fatal del drama.

Elena y Diana se esforzaban en secreto. Eran jóvenes, estaban aisladas é ignoraban la vida; pero bajo su belleza graciosa había un valor viril.

Trabajaban infatigables y alerta en una obra que hubiera acobardado á los hombres mas esforzados.

Adivinaban el odio que en torno suyo derramaban; no les habían faltado los consejos, porque una voz profética en que tenían entera confianza les había dicho que al final de aquel combate desesperado se encontraba la muerte.

¡Tan jóvenes, tan encantadoras y morir!... ¡ellas que comenzaban á amar!...

Seguían su obra, hollando con sus plantas los temores.

A veces ¿qué joven no tiene sus horas en que el sueño querido va á acariciar su alma y á adormecerla?

A veces, entreveía Diana el porvenir dichoso con Enrique, y Elena con Roger: la debilidad de la mujer recobraba entonces su imperio; deslizábase una lágrima por entre las pestañas de sus hermosos ojos. Pero esto duraba poco; se abrazaban silenciosamente y aquel beso quería decir:

¡Pobre hermana! eres como yo; ¡le amas y no llevarás nunca á pertenecerle!

Entonces las hubiérais visto mudas, con la cabeza inclinada, pensativas y con los brazos estrechados.

Cuando se erguian, radiaba en sus infantiles frentes una intrepidez serena y tranquila. Se habian comprendido: era preciso combatir, y combatir solas, porque amaban demasiado para mezclar á Roger ó Enrique en aquellas sordas batallas en que se trataba de morir.

Y si hubiesen amado cien veces mas no se les hubiera ocurrido la idea de abandonar su obra.

Además, habia momentos en que esperaban conseguir la victoria.

¡Cuánto placer entonces! Haber salvado á René, que habia sido tan bueno para ellas, y que daba su pan al pobre anciano sin asilo; haber salvado á la Señora, que se moria sufriendo una angustia desconocida.

La Señora, su profundo y tierno amor! Haber salvado á Blanca, la pobre niña, el dulce ángel de Penhoel, sobre quien pesaba la amenaza comun.

Cuando sentian esta esperanza no veian los inmensos obstáculos que era preciso vencer, y su corazon, embriagado, saltaba de alegría.

Esto era lo que las sostenia.

El valor, tan grande como puede suponerse, no hubiera bastado; necesitaban ilusiones y esperanza.

Y aquí su completa ignorancia de la vida y la sencillez que les mostraba en lontananza un camino abierto á través de lo imposible estaban pode-

rosamente ayudadas por la romántica naturaleza de su espíritu.

Todo desde su infancia habia aumentado aquella predisposicion que tenian á contar con lo maravilloso.

Eran de ese país en que las tradiciones son preciosos cuentos de hadas, y donde las imaginaciones tristes y poéticas procuran sin cesar levantar el velo que cubre las cosas sobrenaturales. Sus primeras noches habian sido mecidas por esas extrañas narraciones que aterran y encantan las cabañas bretonas. Ninguna demostracion razonada habia arrancado aquellos gérmenes, que al contrario, habian crecido en la libre soledad en que habian pasado su infancia.

Habian aprendido á leer en los antiguos libros de la biblioteca del castillo, que se componia casi en su totalidad de antiguos poemas y romances olvidados en el polvo. Benito Haligan las habia tenido con mucha frecuencia en sus rodillas cuando eran pequeñas, habiéndoles referido con su voz profunda y su melancólica sonrisa las extrañas leyendas que ocupaban su memoria.

En fin, no habia un solo recuerdo, hasta el de su tío, el primogénito de Penhoel, que no hubiese escollado extraordinariamente su joven imaginacion.

Hablábase de aquella desaparicion misteriosa, y se hablaba sin cesar. Para Diana y Elena era todavía una novela, pero una novela real que le estaba muy de cerca, sirviéndoles de puente hasta

cierto punto para llegar á creer todo cuanto decian los antiguos libros de la biblioteca.

A medida que habian pasado los años, se habia no obstante modificado su fe. El elemento inteligente y justo que habia en ellas habia rechazado poco á poco parte de lo imposible y de lo absurdo; pero el cariño á lo sobrenatural habia sobrevivido.

Habia un lugar en que el mundo se les aparecia en lontananza rodeado de un radiante prestigio. Habian soñado con él de dia y de noche. Veianlo á través de ese prisma fantástico que mostraba ya á los crédulos marineros de España los prodigios del Eldorado. Ese lugar era Paris.

No se podria decir con seguridad de dónde habian nacido aquellas ideas que de Paris se habian formado. Las habian adquirido en diferentes partes, recogiendo de uno una reseña y de otro una mentira. Habian escuchado además á las buenas gentes de los contornos, para quienes la gran ciudad era un pueblo mas lejano y mas inverosímil que la América en tiempo de Cristóbal Colon: habian interrogado á la biblioteca, cuyos manuscritos un poco exagerados les prestaban algunos datos. Además, entre los arrieros de los contornos habia dos ó tres que se enorgullecian de haber pasado quince dias de su vida en la capital del mundo civilizado.

Además, los arrieros que han hecho el gran viaje, tienen una manera especial de exagerar sus impresiones y de desfigurar la verdad.

Elena y Diana hubieran podido adquirir exactos pormenores de Roberto de Blois, de Blas y de los dos Pontalés; pero una repulsion enérgica las alejaba de estos últimos, y Roberto, á quien se veian obligadas á ver todos los dias, gustaba de inventar fábulas y mas fábulas.

Tambien el jóven pintor Enrique de Moreau acostumbraba hacer lo mismo; pero no era por flujo de mentir ó por espíritu de engañar: desde que se trataba de Paris brillaba y se animaba la mirada de las dos hermanas. Enrique las veia escuchar con una atencion tan apasionada, que á su vez se entusiasmaba hablando.

Los colores del cuadro se pintaban entonces bajo las palabras del jóven. Tambien él amaba a Paris, y su recuerdo tenia ojos de veinte años. A pesar suyo, desaparecia la verdad bajo un manto de poesía.

Tantas nociones diversas se mezclaban y confundian en la memoria de Diana y Elena. No olvidaban ninguna, conservándolas celosamente como un tesoro.

Ningun medio tenian de distinguir lo verdadero de lo falso. Por mucho que pudieran penetrar sus miradas, no existia en torno suyo ningun punto de comparacion.

La ciudad mas grande que en su vida habian visto era Redon, ciudad de dos mil almas.

Preciso era que su imaginacion saltara por sobre todas las cosas conocidas para llegar á la idea de

Paris, y esactamente en estas condiciones particulares es cuando se exalta la imaginacion, pudiendo ensancharse hasta lo infinito en el horizonte de los sueños.

Paris era para ellas el infierno y el paraíso; en él eran posibles todos los milagros.

Aquel era el gran tesoro del mundo, donde cada uno iba á agotar, en proporcion á sus fuerzas, su génio y su belleza.

Lo que en cambio se pedia al génio, la belleza y la fuerza, era lo que ignoraban, pues nunca se habian cuidado de aprenderlo.

Sus ojos se deslumbraban contemplando aquel mágico reino de gloria y de riqueza.

Con no poca frecuencia pensaban en la felicidad de los que podian luchar y vencer en aquella espléndida arena. Allí se hacian las gentes ricas, poderosas; se podian acercar al rey, de quien oian hablar con religioso énfasis, y cuyo poder les parecia igual al de un Dios.

Se llegaba pobre y se salia cargado de oro.

Y se estremecian sus manos de envidia al pensamiento de aquel oro, conquistado no para ellas, pobres niñas, sino para Penhoel, á quien nunca olvidaban sus leales almas.

¡Ay! habia tanta distancia desde Glenac á Paris! Y luego hubiera sido preciso abandonar su empresa, desertar del puesto que se habian señalado, dejar á su padre, á Marta, al Angel, á quien querian defender y proteger.

¡Era imposible!

Sin embargo, no dejaban de pensar en ello nu momento, porque á su edad no detiene ni la imposibilidad el deseo; alimentaban con cariño aquellas locas ideas, y les parecian ser el colmo de la sabiduría: sobre bases sencillamente insensatas construian hermosos planos razonables.

Y como habian oido decir que el arte era un medio seguro de vencer en aquel gran torneo, tan confuso y tan brillante á su parecer, abandonaban sus lechos mucho antes de despuntar el alba, para deslizarse en el salon de Penhoel y buscar con ardor en sus arpas una voz acorde.

—¡Pobres niñas!... Las provincias están llenas de aspiraciones con menos candor ignorante y algunas nociones mas sobre los misterios de la vida parisiense.

Y los cien caminos que desembocan en la ciudad inmensa conducen diariamente muchas vírgenes arrastradas por la ardiente y vaga esperanza. Son jóvenes hermosas; el porvenir es inmenso, la vida sonríe delante de ellas. ¡Cuántas van á quedar muertas en el campo de batalla! ¡Cuántas volverán sobre sus pasos destrozadas con la vergüenza en la frente y en el corazon!

Tienen razon las madres cuando en las aldeas dicen trémulas y pálidas:

“Paris es un mónstruo que devora á las jóvenes.”

.....

Elena y Diana habian entrado sin causar ruido en la habitacion del Angel; iban á saber é informarse si el accidente del baile habia tenido consecuencias.

Nada vieron al trasponer el dintel de la puerta, porque la habitacion estaba únicamente alumbrada por los reflejos de la iluminacion del jardin; pero mientras que avanzaban apoyadas en las puntas de los piés, habian oido la respiracion penosa y oprimida de la Señora.

Se habian detenido cerca del sillón en que Marta de Penhoel se habia dejado caer despues de haber dejado dormida en el lecho á Blanca.

Marta se creia sola y no detenia las desoladas palabras que salian de su boca entre los sollozos.

Elena y Diana tenian los ojos llenos de lágrimas. Escuchaban, no atreviéndose á retirarse ni á sacarla de su doloroso desvarío.

Habíanse arrodillado, y únicamente cuando Marta se descubrió el rostro fué cuando anunciaron su presencia posando los labios sobre sus manos pálidas y frias.

El primer movimiento de Marta de Penhoel fué de espanto.

Se estremeció, dando un grito ahogado.

—¿Hace mucho tiempo que estais aquí? murmuró; ¿he hablado?

Las dos hijas del tío Juan oprimieron sus manos contra su corazón

—Dios nos libre de sorprender vuestros secre-

tos, señora, respondió Diana con voz triste y dulce; únicamente hemos oido que deciais: Estoy sola, no tengo nadie que me ame ni que me defienda. ¡Dios mio! ¡Dios mio! ¡vos nunca pensais que estamos nosotras, que os amamos tanto que quiéramos dar por vos nuestra vida!

